

ARQUITECTURA MEXICANA

ENTRE LA PARODIA Y LA IRONÍA

Carlos Véjar Pérez-Rubio

Innumerables son los retos que enfrenta en nuestros días la arquitectura mexicana, arquitectura en crisis, crisis de identidad fundamentalmente. Para intentar caracterizarla suelen utilizarse, entre otros, conceptos tales como diversidad, complejidad, magnificencia, esplendor, contraste, contradicción, búsqueda, incertidumbre y aun caos, conceptos todos ellos que reflejan la estructura del México moderno. En efecto, sin temor a equivocarnos, podríamos afirmar que la evolución de esta arquitectura es expresión fiel no sólo del desarrollo del país, sino del mundo entero, hoy como nunca interdependiente, globalizado.

De lo anterior nos interesa destacar un eje de pensamiento: la arquitectura contemporánea mexicana se desenvuelve, un tanto anárquicamente, entre la parodia y la ironía. En este eje quedan atrapados tanto el demiurgo-creador (arquitecto, con o sin título profesional) como el receptor-usuario o habitante. Y más allá, la sociedad misma que genera la demanda y las obras para satisfacerla a través de sus individuos o sus organizaciones específicas, desde las comunidades campesinas y urbanas, los organismos obreros, hasta el Estado o las empresas privadas, nacionales y extranjeras.

Cuando hablamos de parodia e ironía en la arquitectura nos estamos refiriendo a su concepción integral, es decir, aquella que comprende inseparablemente los aspectos de funcionalidad, expresión plástica y economía, con todo lo que a ellos concierne. Y aquí conviene acotar, con riesgo de caer en el lugar común, que para su cabal comprensión debe analizarse siempre el contexto en que se ubique, subrayando que cada día es mayor la urbanización de nuestra sociedad. De aquí que nos guste manejar la idea de “espacio urbano-arquitectónico”.

Parodia e ironía... dos conceptos que se tocan pero también se diferencian. Parodia... imitación burlesca de una cosa seria. Ironía... contraste fortuito que parece una burla.

Si quisiéramos, cuidando de no caer en un maniqueísmo vulgar, agrupar en dos grandes bloques a los mexicanos por lo que más los identifica, escogeríamos sin duda

alguna el factor económico, del cual dependen muchos otros, como el cultural, el étnico y el ambiental. Tendríamos así dos Méxicos medianamente definidos: el de los ricos y el de los pobres, en medio de los cuales quedaría un tanto borrosa la frontera de la que suele caracterizarse como “clase media”, sector impreciso y de gran movilidad social.

Este lúdico ejercicio podría tener otras variantes, socorridas con frecuencia por sociólogos, antropólogos, historiadores, economistas y poetas: un México urbano y un México rural; un México letrado y uno analfabeta; uno indígena y uno mestizo (o mejor, blanco); uno religioso y uno ateo; uno joven y uno viejo; uno propietario y uno proletario; uno nacionalista y uno entreguista; uno desarrollado (“moderno”) y uno marginado (“atrasado”); uno conservador y uno progresista...

Esas divisiones no solamente afectan a la arquitectura y la ciudad: las determinan. Es por ello que éstas pueden ser caracterizadas con aquellos conceptos que enumeramos en un principio. Pero volvamos a nuestra tesis: la parodia y la ironía.

En la primera categoría, *parodia*, podemos englobar, con las debidas excepciones, la arquitectura de los ricos, de los dueños del dinero, es decir, de aquel sector de la sociedad que cuenta con recursos suficientes para satisfacer sus necesidades de espacio urbano-arquitectónico con todas las comodidades y adelantos tecnológicos y ambientales de la época. Esta arquitectura es concebida y erigida por un equipo de profesionales debidamente capacitados a los que encabeza (o debe encabezar) el arquitecto. En ella se inscribe una sutil contradicción: por un lado, late todavía el deseo renacentista de originalidad, esto es de identidad, de diferenciación; mientras que por el otro bulle impetuoso el deseo de asimilación a las modas y corrientes estilísticas en boga en el extranjero, caso este último notorio en las creaciones recientes de muchos colegas posmodernos y tardomodernos. Aquí la parodia. Un ejemplo claro de ello hubiera sido el Nuevo Aeropuerto de la Ciudad de México, en el lago de Texcoco, cancelado oportunamente por el nuevo gobierno del país.



En la segunda categoría, *ironía*, encontramos la mayor parte de esa arquitectura de los pobres que, con un mínimo de recursos y muchas veces sin la participación de profesionales de la arquitectura (y de la ingeniería y otras disciplinas), se levanta a lo largo y ancho del país. En muchos casos, como buena parte de la arquitectura vernácula, rural, estos espacios siguen pautas ancestrales, tanto en sus materiales de construcción como en su tecnología constructiva y su expresión plástica, amén de su aspecto funcional. Irónico es en ocasiones el contraste que se establece entre estas obras humildes y las lujosas construcciones de los ricos que pretenden vivir –dicen– “rústicamente” en medio de un bosque o una llanura (vecina a un campo de golf), en donde erigen sus torres de cristal. Irónico que algunas modestas vecindades remodeladas de la ciudad de México se vistan con ciertos elementos propios de edificios suntuosos ubicados en las grandes avenidas (o a la inversa). Irónico también (lo más grave) es que el mismo programa de necesidades del espacio urbano-arquitectónico de los ricos vaya permeando a escala al de los pobres, vía la ideología dominante y sus múltiples correas de transmisión. Remoto está ya ahora del pensamiento de muchos de los “arquitectos” del pueblo perderse en búsquedas infructuosas de originalidad; más fácil les resulta caer en el garlito del remedo fácil, de la burda imitación –guardadas las diferencias en recursos– de la arquitectura de los ricos. Aquí también una ironía. El pasado sismo que cimbró a la ciudad de México y a varios otros estados del país –19 de septiembre de 2017– mostró pruebas palpables y dramáticas de todo ello.

Varias escuelas de arquitectura de la ciudad de México han intentado tomar cartas en el asunto. En el Autogobierno de la Facultad de Arquitectura de la UNAM, desde su surgimiento en 1972, se participó hombro con hombro al lado de los pobladores en un buen número de asentamientos populares: Santo Domingo de los Reyes, Puente de Piedra, Naucalpan, Padierna, Tepito... Una de sus consignas era precisamente esa: “Arquitectura para el pueblo.” Sin embargo, la realidad superó con creces el esfuerzo. Su huella se pierde en la inmensidad del problema. Hoy en día no existe una adecuada planeación urbanística ni arquitectónica en esta ciudad. Lamentablemente.

Insistimos. La arquitectura mexicana está en crisis, crisis de identidad. Elaborar un diagnóstico acertado de sus padecimientos, asumir nuestra realidad contradictoria, nuestra diversidad, la desigualdad social y cultural, impulsar la crítica y la autocritica, la investigación responsable, son quizás algunas de las luces que debemos encender para alumbrar el camino de la búsqueda y la superación. Encendámoslas. 📖

Carlos Véjar Pérez-Rubio (Ciudad de México, 1943). Arquitecto mexicano, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Fue investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Entre sus libros publicados, cabe citar *OANIS. Crónicas y relatos de la arquitectura y la ciudad* (Gernika, 1992), *Utopía de cristal* (INBA-Conaculta, UNAM, 2003), *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta* (Conaculta, CIALC-UNAM, 2014) y *Amanecer en las islas. Rutas y retos de la integración de Nuestra América* (CIALC-UNAM, 2015). Es Director General de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*.